

# LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

SUPLEMENTO ILUSTRADO.

DIRECTOR ARTÍSTICO: D. JOSÉ GÄRTNER DE LA PEÑA

AÑO III N.º 43

Madrid Enero de 1896.

OFICINAS-FACTOR, 7

M. VILLEGAS BRIEBA.





## EL REY Y EL ABATE

¡Cómo estaba entonces el teatro del Príncipe!  
 Aun no era empresario Ramón Guerrero.  
 Pero funcionaba en el que fué Corral de la Pacheca, una compañía de cómicos eminentes, casi todos del género fuerte.  
 Como que los juguetes que representaban eran así como *Edipo*, *Roma libre* y otras obras del mismo vuelo.  
 ¡Y qué afición había al teatro!  
 Isidoro Maiquez, Rita Luna, después Latorre, Luna, Noren, Caprara... sin olvidar á José Carretero y á Rubio.  
 Me parece estar viendo á aquel conjunto de génius, siempre rabiando en escena, con arreglo al sistema de declamación que tanto gusto ha dado siempre á la galería.

2

Y, á pesar de todo, no los he visto, pero los presento.

Nací con retraso para disfrutar de aquellos esplendores artístico teatrales.

El rey D. Fernando VII era muy aficionado al teatro, según sus cronistas, y gustaba de dramas trágicos.

Como que, cuando pensaba asistir á la representación, preguntaba al *autor* de la compañía — representante de la empresa y director de escena — que decimos ahora á los que han reemplazado al autor:

—¿Y en ese drama, mueren muchos cómicos?

Cuando le respondían por ejemplo:

—Uno ó dos.

El rey replicaba:

—Pocos son, pero tendremos paciencia.

—Señor, si V. M. lo manda puede caer alguno más.

Entonces, como siempre, la gente de teatro era de suyo alegre en su trato particular, y especialmente los actores jóvenes y de poca ración ó de poco sueldo,

En el teatro, como en todas partes, las eminencias, siquiera lo sean por lo que cobran, no alternan con la *plebe* en ciertas ocasiones, para conservar el respeto que dan la seriedad y las distancias.

La primera dama, el galán y el barba, formaban la trinidad artística sagrada é inviolable en la compañía.

El elemento joven, y de segunda y tercera fila, entonces como ahora estaba dispuesto á divertirse.

Durante los ensayos y aun en la representación de algunas obras no faltaban ocurrencias más ó ménos ingeniosas

Quién sahumaba con asafétida la escena.

Quién ponía á tostar en el braserillo de los ensayos unas cuantas guindillas, que escitaban un coro de toses naturales, ó encerraba un gato en el cuarto de la característica, para que la saludara al verla entrar.

Y hay que advertir que estas bromas no eran exclusivas de nuestro teatro.

En el teatro inglés—y perdonen ustedes este alarde de sabiduría «extra-continental»—ocurría lo mismo.

Pero en cambio nuestro público era modelo de cultura y de mansedumbre, mientras en Londres la concurrencia se excedía en tiempo del señor de Shakespeare.

Esperando el principio de la representación—dice Taine—se divierte el público á su manera.

Bebe cerveza, come nueces y fruta, aulla y anda á puñetazos y, á las veces, arremete con los cómicos.

Algunos acuden á la taberna próxima y apalea y manta á los autores.

En el mismo teatro se vende cerveza y hay *depósitos*, digámoslo así, para desahogo de los espectadores.

Queman ginebra, y entre estos aromas y los del tabaco, apenas se puede respirar la atmósfera de la sala.

Y el público no protesta, y saturado de vapores nada agradables, espera la representación.

A semejantes espectadores correspondían los cómicos.

Corramos un velo sobre el vestuario.

En nuestro teatro del Príncipe nada sabían de los ingleses ni hoy tampoco.

Pero vivían en perpetua broma.

Parece que entre el actor Rubio y otro de la compañía, se habían cruzado algunas bromas.

Una de ellas fué que, haciéndolo éste el papel de *Don Tello* en *Rey valiente y justiciero*, le ató Rubio la empuñadura de la espada á la vaina, tan fuerte como disimuladamente.

Llegó el acto tercero, y cuando el «Rico home de Alcalá» lucha con el Rey, aunque sin conocerle, fueron inútiles los esfuerzos del pobre cómico para desenvainar la espada, y hubo de reñir con ella enfundada como estaba, lo cual acogió el público sano con protestar y la gente alegre con muy regular rechiffa.

Pero ¡oh! una noche avisó Fernando VII de su asistencia á la representación de *El Abate L'Epeé y el asesino*.

Era un acontecimiento en aquel tiempo.

Rubio era el encargado del papel del Abate.

La sala se llenó.

La orquesta ejecutó completamente la sinfonía de *Norma* y la marcha Real cuando se presentó el monarca en el palco.

Dispuso que empezara la representación inmediatamente y saludó á la concurrencia, que estaba en pie, sin distinción de sexos ni categorías.

Pero los minutos pasaban y no empezaba la representación.

Entretanto en el vestuario había una de voces y amenazas que partía los corazones.

Rubio, completamente disfrazado de abate y en piernas, iba de un lado para otro.

Sin saber cómo habían desaparecido las medias.

El tiempo apremiaba.

—Yo tengo aquí medias—decía un compañero—lo malo es que son azules.

—¡Un abate con medias azules!—objetaba otro cómico riendo á carcajadas.

—El lance es de risa—rugía el pobre Rubio.

—Serénate, hombre—le aconsejaba el autor de la desaparición.

—¡Ah! juro por mi nombre—gritaba el abate descalzo—que si es broma, me la ha de pagar con la piel el bromista.

—¿Por qué no sacas botas de campana?

—Es verdad: un abate de viaje.

—O de caballería.

Y los recados del rey menudeaban.

—No hay más remedio que empezar—dijo el autor

—¿Pero cómo?

—Me ocurre un artificio—apuntó el delincuente.

—¿Cuál?

—Yo te pintaré las pantorrillas con corcho quemado, y desde fuera no se conoce.

Rubio dudó entre extrangular á su compañero ó dejarle.

Pero como todos aprobaran la extratagema, accedió el pobre abate.

No hay que decir si saldría á escena «escamado» y temeroso de rozamientos.

Pero á Fernando VII no se ocultó la carencia de medias, ó bien no faltó chusco que se lo avisara.

El rey no podía contener la risa en las situaciones más sentidas en que tomaba parte el *Abate*.

\* \* \*

Al siguiente día recibió el artista un regalo del rey.

Un par de medias negras, en una caja de cartón, y con esta decicatoria:

*A Rubio, para que se mude de medias mientras le lavan y le afeitan las del Abate L'Epeé.*

S. M. gastaba estas bromas con frecuencia.

Cuentan que el famoso actor cómico García hacía gracia á Fernando VII.

Era García muy liberal y había sido miliciano de caballería.

Pero, á la sazón, con el gobierno absoluto, andaba el hombre muy «mosqueado.»

Le llamó Fernando en cierta ocasión para felicitarle, y de pasada le preguntó:

—¡Hombre! tú eras muy liberal, según dicen.

—Sí, señor,—respondió tímidamente el cómico.

—¿Y eras miliciano?

—Sí, señor.

—¿Y de caballería?

—Sí, señor.

—¿Y ahora cómo no lo eres?

Y García respondió tartamudeando:

—Porque... se me ha muerto el caballo.

¡Cómo vanean los tiempos!

¡Si entonces, pongo por caso, hubieran dicho á Rita Luna que había de sobrevenir actriz que invirtiera en su vestido quince mil pesetas!

Ni García siendo actor de á caballo.

EDUARDO DE PALACIO.

## SONETOS (1)

I

### EL INVÁLIDO

—¡Jesús! ¡hijo del alma! ¡ciego! ¡ciego!  
—Gritando, ¡viva España! en la trinchera,  
el primero clavé nuestra bandera  
y esta cruz en mi pecho palpé luego.

Tú me diste la vida; á tí la entrego;  
apoyado en tu mano no hay ceguera;  
tus ojos de los míos son lumbrera;  
no llores, por piedad, yo te lo ruego.

Juntos recorreremos los lugares,  
serás en mi camino claro día,  
yo contaré mi hazaña en los hogares,

renacerá en mi pecho la alegría  
y sólo habrá una pena en mis cantares,  
el no mirar tu cara, ¡madre mía!

II

### LA FIEBRE

Del hospital en triste galería  
por las malignas fiebres emponzoñado,  
siente llegar la muerte resignado  
valeroso oficial en su agonía.

Enfermera piadosa, noche y día  
rezando con fervor vela á su lado  
y piensa al contemplarle aniquilado:  
—Mi vida por salvarle yo daría.

Con débil voz el oficial murmura,  
de su espada en la Cruz los ojos fijos,  
—Vine á luchar por mi querida España;

me envenenó la fiebre en la espesura;  
no del combate me arredró la saña;  
¡recoge ¡oh! patria, mis dolientes hijos!

MANUEL ORTIZ DE PINEDO.

(1) Del libro *Despedida de las letras*, próximo á publicarse.

# QUISICOSAS

La noche del treinta y uno de diciembre, al mismo tiempo de dar las doce, decía una muchacha al espejo: — ¡Un año más!... Ya no soy la niña que iba al colegio hace diez meses, vestida con traje corto, luciendo las pantorrillas al aire y en dos trenzas el cabello. Ya soy mujer; he adquirido los encantos de mi sexo; ya son más grandes mis ojos, en mi mirada hay más fuego, más sonrisas en mis labios, más amplitud en mi pecho, más gentileza en el talle y en el alma más deseos. ¡Ay! ¡quién pudiera pasar un año más en un sueño para amar y ser amada!... — dijo, y dió un beso al espejo.

A la misma hora, decía una jamona á otro espejo: — ¡Un año más!... ¡Quién pudiera volver hacia atrás el tiempo! He perdido mis encantos, en mis ojos ya no hay fuego, en mis labios no hay sonrisas ni hay esbeltez en mi cuerpo. ¡Un año más!... Yo me planto; desde hoy ya no sumo, resto; que un año más es lo mismo que tener un año menos; me pintaré las mejillas de carmín, de nieve el cuello, me pondré todo postizo, me oprimiré más el pecho, ocultaré las arrugas y me teñiré el cabello. — Dijo, y se volvió de espaldas por no verse en el espejo.

El empresario del Real como arpa vieja ha tronado; otro más que se ha arruinado por el arte musical! Porque, como éste, otros antes que dicha empresa han tenido, salud y hacienda han perdido con músicos y danzantes.

¡Y aun hay hombres que pretenden que ese negocio les den!... tienen ojos y no ven, entendimiento y no entienden.

Admiro su amor al arte; mas si de él quieren vivir, no hay más remedio que ir con la música á otra parte.

Según todas las señales, en ese procesamiento en que andan los concejales, los delitos, si son tales, son cuestión de ay...untamiento.

La temporada cómico-dramática anda enferma estos días de trancazo, pues no hay drama ó comedia que se anuncie que no reviente el público en el acto;

esto ocurrió con *La cuestión eterna*, esto pasó con el *Velay* de Cano, con *Voluntad*, *Petrilla* y el arreglo que del francés hicieron Llana y Francos. Unicamente tuvo en la Comedia un éxito verdad *El libre cambio*, arreglo y traducción de Mario (hijo), y en la cual Mario (padre) obtuvo aplausos (como dice el *Diario de Sesiones*) ruidosos, entusiastas, prolongados.

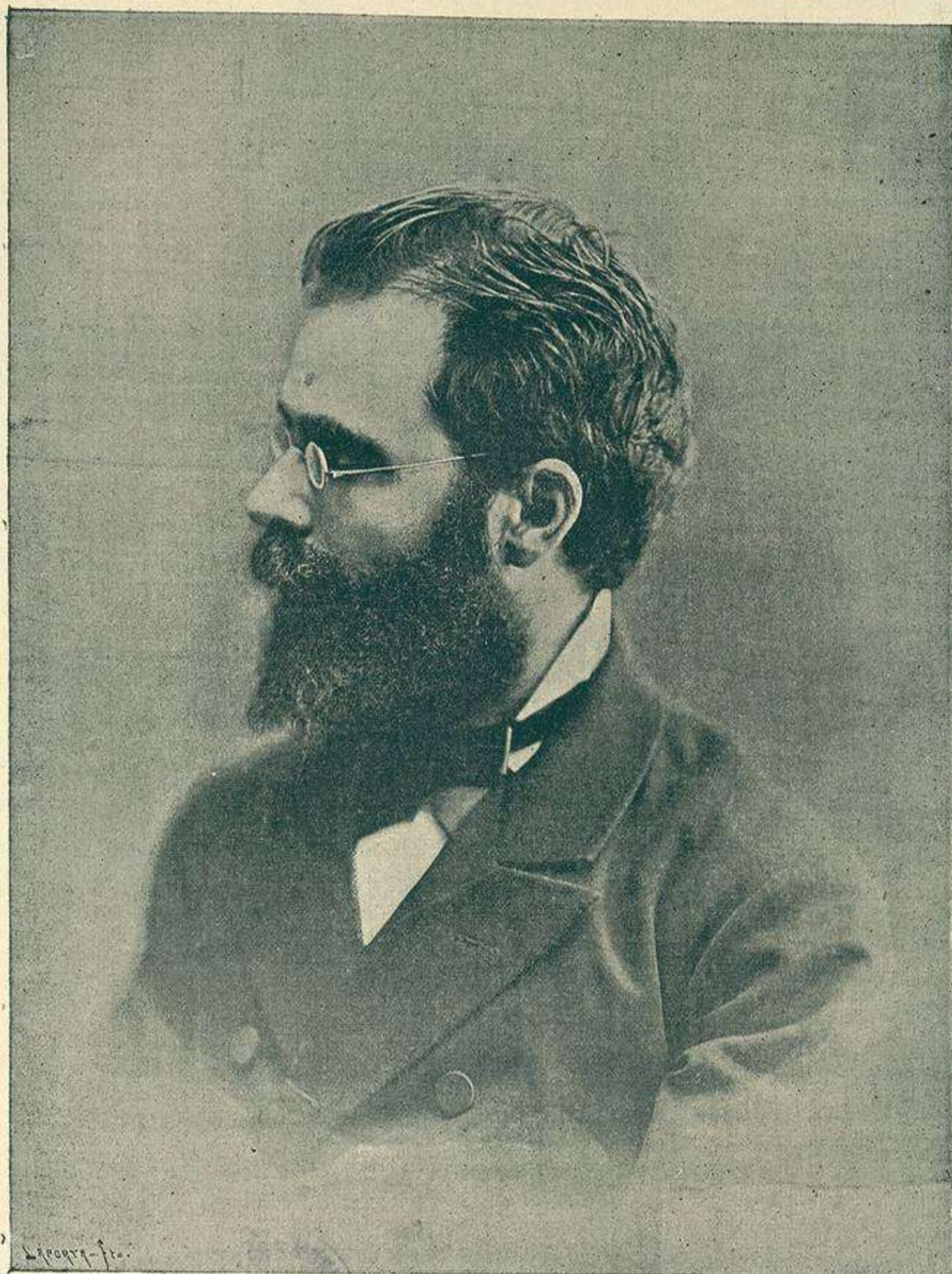
¿Se disolverán las Cortes? llenos de ansiedad preguntan los diputados cuneros que en las presentes actúan y los que aspiran á actuar á su vez en las futuras. Diputados sin distrito, políticos Gargantúas que en todas las situaciones, sin excepción, son figuras decorativas que cuestan lo que ellos no valdrán nunca; si Cánovas y Sagasta, tras de quien van á la husma, en vez de darles distritos hicieran con ellos una leva de vagos, y á todos les trasportasen á Cuba, ganarían los partidos entre los cuales postulan, el presupuesto de gastos, del que eternamente chupan; el país que los aguanta, el ministro á quien adulan, y útiles fueran los que no sirven de cosa alguna.

Otra vez soplan vientos pesimistas, otra vez se oscurece la esperanza, han triunfado otra vez los alarmistas y el horizonte que la vista alcanza aparece otra vez negro y sombrío.

«Los insurrectos son dueños de todo, » van á la Habana y á Pinar del Río, » é irán del mismo modo » de Oriente hasta Occidente, » burlando á nuestras tropas, triunfadores... » ¡Máximo Gómez es omnipotente!»

Calma, calma, señores; en la guerra el azar, lo inesperado, suelen burlar al fuerte, pero nunca han triunfado del ánimo valiente y bien templado el miedo vil ni la voluble suerte. Calma, señores, calma; suceda lo que quiera en este instante, tened fe, tened fe con toda el alma y no gimáis como medroso infante. Aunque la situación de Cuba fuese aun más desesperada, y en ella ni un rincón en paz hubiese ni tanta fuerza armada, aunque los insurrectos cada día avancen, engrosados, tened fe y esperanza todavía en nuestros siempre heroicos soldados y en la nación entera, que vencerán la insurrección triunfante y el honor sostendrán de su bandera gritando: «¡Viva España, y adelante!»

P. P. GIL.



F. PRADILLA.



## LO QUE SON ALGUNAS

El baile se hallaba en todo su esplendor.

Por la extensa galería de cristales que, partiendo del gran salón blanco y oro donde lucían exquisitos refinamientos del delicado gusto de Luis XV, terminaba en la extensa *serre*, poblada de tropicales plantas, entre cuyas anchas hojas se descomponían destellos de luz desprendidos de potentes focos eléctricos, circulaban amarteladas parejas, elegantes damas y sesudos hombres políticos, que con aspecto grave y meditabundo unas veces, y otras en ardiente polémica, parecían ocuparse en resolver arduos problemas de Estado, si bien apenas pasaron más allá sus pensamientos de averiguar la hora á que daría comienzo el *buffet*, ó de comentar detalles de alguna murmuración cortesana.

En un apartado rincón de aquel encantador recinto, donde se combinaban esplendores de la riqueza con minuciosidades delicadas del buen gusto, atraía la atención general una joven que por la distinción de su aspecto, la sencillez elegante del traje y tocado y la tristísima expresión de su semblante, formaba singular contraste con las animadas figuras que en torno suyo polulaban.

Fijáronse especialmente en ella dos jóvenes que, desde el quicio de una puerta inmediata se habían detenido un momento, admirando el mágico aspecto que presentaba la extensa galería y la brillante afluencia de muchachas que, con sus trajes de tonos claros y suaves, convertían la suntuosa estancia en un magnífico jardín de animadas flores.

Eran los indicados el vizconde de la Riva, conocido *sportman*, maestro en las artes de pasar el tiempo del modo más divertido, conocedor de toda la gente que compone lo que se ha convenido en llamar el gran mundo, y muy enterado de las hablillas, chis-

mes y murmuraciones que componen el fondo del moderno trato social.

Era el otro Arturo de Vélez, joven también, aunque no tanto como su amigo, con el cual formaba perfecto contraste, pues hasta su figura se apartaba, en sus principales líneas, de los rasgos característicos que definían la del vizconde. Rubio éste, de figura un tanto afeminada, con sonrosadas mejillas, pequeño y feísimo bigote, que parecía trazado á pincel, y un monóculo que rara vez caía de su sitio, inquieto y ballicioso en sus ademanes, y de tan exagerada corrección en el vestir, que parecía figurín desprendido de un periódico de modas, en nada se asemejaba á Vélez, alto, moreno, y en cuyos brillantes, negros y rasgados ojos, se revelaba la vehemencia y la energía.

Las condiciones morales, hábitos y tendencias de ambos personajes, no eran menos opuestos. Mientras el vizconde sólo se ocupaba de sus placeres, sin pretender pasar de la superficie de las cosas, Vélez, dedicado al estudio de los problemas sociales y de las leyes civiles, á pesar de poseer una buena fortuna, trabajaba con ardor y constancia, habiendo conseguido obtener en el foro y en política un nombre conocido y apreciado. Sus discursos y variados trabajos merecían ser citados frecuentemente en los diarios de todos los partidos, y el portentoso empuje de la prensa periódica le había dado, en breve tiempo, fama y popularidad cada día crecientes.

—Oye—decía con cierto interés Vélez al vizconde,—¿quién es aquella linda joven que, como diría un poeta cursi, parece un lirio tronchado por el huracán? Tú, que conoces á todo el mundo, seguramente me lo podrás decir.

—¡Ya lo creo!—repuso riendo el vizconde,—aunque en verdad, dudo de si debo hacerlo, para castigarte por divulgar por ahí que la única ciencia que poseo es la ciencia de los salones.

—No perdería mucho en ello—observó Vélez,—porque si mi curiosidad persistiera después de tu negativa, me bastaría para averiguarlo, dirigirme á la excelente dueña de la casa, mi respetable amiga la condesa de San Diego, que necesariamente ha de conocerla.

—¡Ja, ja!—exclamó el vizconde.—Primeramente es muy difícil que la condesa te escuche, ocupada, como está, en atender á sus invitados; y después, es casi seguro de que apenas si podría decirte más que el nombre de la bella melancólica, y aun ese tal vez no lo recuerde.

—¡Hombre! Ya ese dato excita mi curiosidad, y en nombre de nuestro antiguo afecto y con toda la solemnidad propia del caso, te requiero, cito y empiazo, para que declares cuanto sepas.

—Pues bien, no quiero hacerte padecer. Alicia de Guzmán se halla en esta fiesta por una gran casualidad. Casada hace dos años, cuando apenas salió del convento de las inglesas, donde se había educado, con el marqués de Río Bermejo, noble y acaudalado caballero, se establecieron en una de las principales ciudades de Andalucía.

Allí, y á los muy pocos meses de casada, adquirió el triste convencimiento de que su marido, que iba paulatina, pero continua-

mente, mostrando hacia ella marcada desatención: llevaba una vida poco conforme con la que Alicia, en quien se reúnen todas las virtudes, tenía el derecho de esperar; pues, á pesar de haber aportado al matrimonio caudal cuantioso, sangre ilustre, belleza extraordinaria y una discreción por todo el mundo reconocida, se veía despreciada por un hombre que la abandonaba para entregarse á escandalosas aventuras con mujeres despreciables.

En los primeros momentos la marquesa se limitó á desconsolarse y llorar, pidiendo á Dios fuerzas para resistir desgracia tan grande y proceder tan injustificado; pero sus lágrimas y tristezas sólo sirvieron para molestar al ingrato, haciéndole huir del hogar doméstico, que desde aquel momento dejó de merecer este nombre.

Entonces, la marquesa, halló en el fondo de su alma la nativa dignidad y altivez que nuestras mujeres heredaron de las romanas, y que aun cuando un tanto apagadas en su pecho por las futilidades de la vida moderna, surgen y se levantan poderosas cuando lo extremado de causas así lo exige.

Recordó además que tenía un hijo, y que el porvenir de esta criatura, en la cual cifraba todo su cariño, comenzaba á oscurecerse con las complicaciones que á su alrededor amontonaba la conducta de su desatentado padre, y en este conflicto no vaciló un punto, arregló su método de vida separando sus habitaciones de las de su marido, y dejando á éste entregado á devaneos y vicios; vino á Madrid con objeto de buscar, en una temporada de calma, algún lenitivo para las agitaciones de su corazón.

Y por eso la ves aquí, pues la parienta en cuya casa vive, se ha empeñado en traerla á este baile, con el natural objeto de distraerla.

—Y ella—repuso Vélez—¿qué relaciones sostiene con su marido? ¿Ha consentido éste la separación?

—Sí—dijo el vizconde.—El marqués, muy contento de verse libre, ha accedido á todo. Y ella, hoy, le desprecia profundamente, por lo mismo que sufrió desengaño tan hondo. El marqués fué el primero y único hombre que había despertado en su corazón las dulcísimas impresiones de un amor verdadero. Ella le quería ardentemente, así es que hoy, más que aborrecimiento, es seguro de que sólo sentirá hacia su marido profundo desprecio.

—¿Tú la conoces?

—Sí, porque la casa donde se hospeda es de parientes míos, y hace pocas noches comimos juntos.

—¿Quieres presentarme á ella?

—¡Hola, hola! El grave legislador, el concienzudo letrado, ¿pretenderá, acaso, servir de consuelo eficaz para suavizar las penas de un corazón lastimado por desgracia inmerecida? ¡Eh! ¿Que tal el parrafito? Me parece que está á la altura de las circunstancias.

—No seas tonto. La marquesa me es simpática, y como no me entretiene la conversación de las muchachas, porque no sé hablarlas de cosas que las interese, y por otra parte, vengo aquí en busca de un rato de descanso y desazando no oír nada que se relacione con la política ó los negocios, preferiría pasar algunos momentos al lado de una mujer discreta y distinguida, que inspira además cierta atracción por esos inmerecidos infortunios.

—Pues basta de explicaciones y vamos allá.

La conversación de los dos amigos con la marquesita fué brevísima. Esta, con exquisita amabilidad, pero con un laconismo desesperante, contestaba con monosílabos á las galantes frases del vizconde y á las serias y más reposadas de Vélez. Únicamente pareció animarse algo, dirigiendo á éste una mirada expresiva, cuando el vizconde, lastimado de la frialdad con que era recibido su presentado, se esforzó en ponderar los méritos de Vélez, sus triunfos oratorios en el Congreso y las brillantes defensas que enaltecían su nombre en el foro. Pero aquello fué fugaz relámpago, y la marquesa volvió á caer en su mutismo, obligando á los jóvenes á retirarse después de dirigirla un respetuoso saludo.

—Fiasco completo—dijo el vizconde.—Lo siento por tí, si te habías propuesto cumplir la noble misión de amparar á una viuda desvalida, como es ésta en realidad.

—La mujer me encanta—contestó Vélez—y se desprende de ella esa emanación irresistible que seduce y no se explica; pero su estado de ánimo es tal, que me parece inútil el pretender su amistad, y convencido de ello, desisto, aunque no sin pena, de intentarlo.

## II

Ocho días habían trascurrido desde el baile suntuoso de la condesa de San Diego.

Apenas se habían apagado los ecos de las crónicas extensas que á su descripción consagraran Monte Cristo, Oscar, Mascarilla y otros acreditados revisteros.

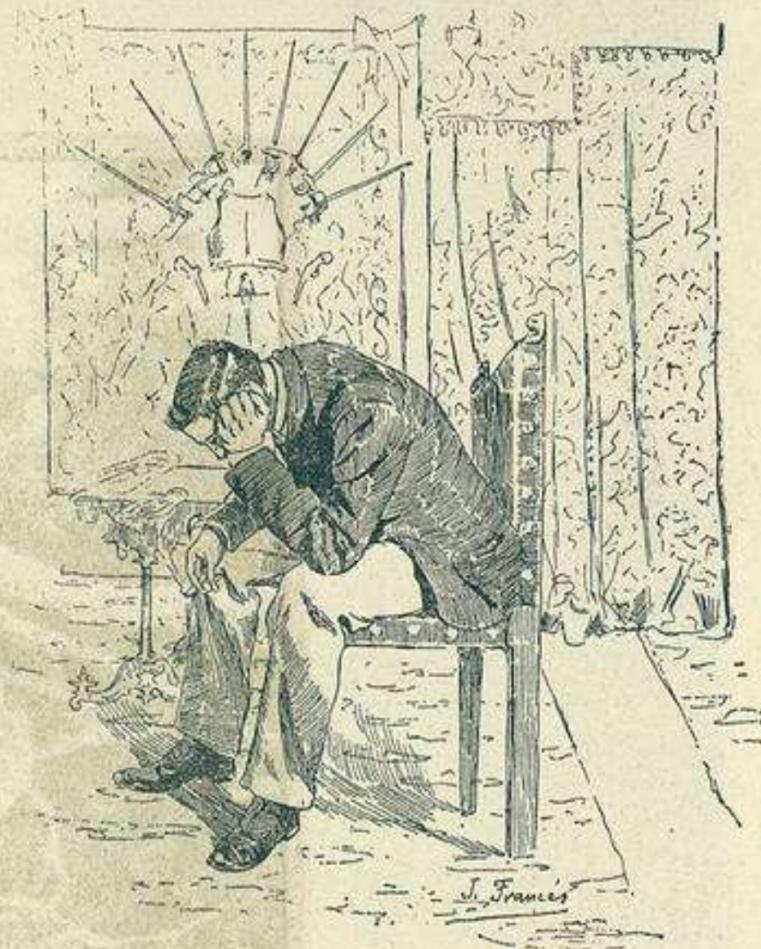
Arturo de Vélez descansaba en su elegante *fumoir*, y en cómoda postura seguía abstraído las espirales por el humo de su cigarro formadas.

Hombre acomodado á las exigencias del *confort* moderno, observaba las prescripciones de la vida elegante, y cuando después

de algunas horas consagradas al trabajo sentía necesidad de descanso, le complacía abandonar su despacho y refugiarse en aquella pieza íntima, donde no había libros, papeles ni objeto alguno que pudiese recordarle sus habituales ocupaciones.

El *fumoir* estaba alhajado con severa esplendidez. Pesados cortinajes de oriental tejido, en que se fundían en suave tono colores violentos é inarmónicos; extensos lienzos de pared, sólo adornados por algunas panoplias de antiguas armas; un lindo artesonado de tallados rosetones, y amplios divanes y cómodas sillas esparcidas sin orden por los ámbitos de la sala, cuyo suelo cubría una espesa alfombra de Smirna, componían toda la ornamentación de aquella pieza, formando tranquilo conjunto que invitaba al olvido de las agitaciones del mundo, permitiendo el vagar de la imaginación, que á veces exige el reposo con mayor imperio que el que reclaman necesidades meramente físicas.

—Nada—exclamó de pronto, levantándose y lanzando su cigarro, apenas empezado,—por más que hago, no puedo conseguir que se aparte de mi mente la imagen de aquella encantadora Alicia de Guzmán. ¡Qué dulce, poética y suavísima figura! No puedo resistir más, y he de intentar volver á verla, aun cuando la frialdad con que me acogió, y las noticias que he adquirido y confirman la absoluta reclusión en que vive, me dejan poca esperanza de poder tratarla.



En este orden de reflexiones se hallaba Vélez, dando al mismo tiempo vueltas precipitadas en la reducida estancia, sentándose y levantándose sucesiva y rápidamente, presa de una excitación que no intentaba reprimir ni pretendía ocultar, cuando se abrió suavemente la puerta única que daba paso á la habitación, apareciendo en su dintel la fría figura de un criado:

—Señor, una señora dice que necesita hablar con usted para un asunto de su profesión.

—¿Conocida?

—No, señor. Nunca la he visto.

—Pues dígame usted que no puedo recibirla.

El criado desapareció, y Vélez continuó su agitado y circular paseo, exclamando:

—¡Buena tengo yo la cabeza para ocuparme de cosas de abogacía!

Volvióse á abrir la puerta, y el criado se presentó llevando sobre una bandeja de plata relevada, una tarjeta que entregó á Vélez, diciendo:

—La señora insiste en ver al señor, y espera la recibirá en cuanto conozca su nombre.

—A ver—dijo Vélez con indiferencia, alargando la mano y tomando la tarjeta.

«Alicia de Guzmán.»

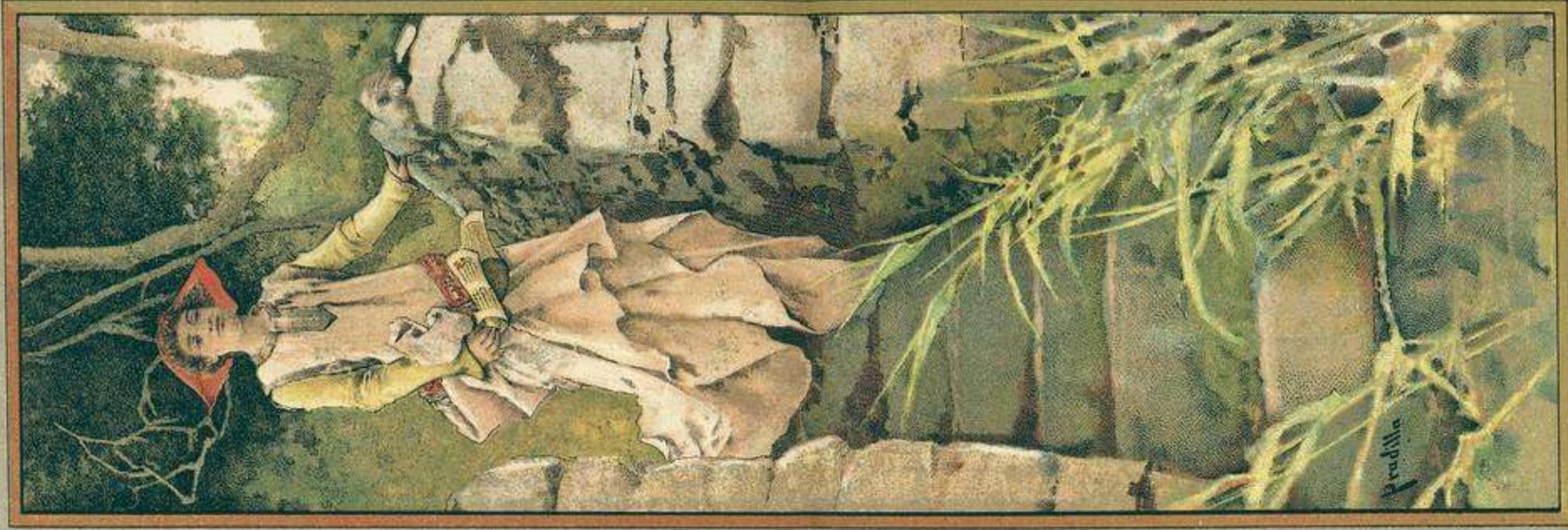
—¡Alicia de Guzmán!—repitió, como si no pudiera creer lo que leía.

—¡Que pase, que pase en seguida!

ENRIQUE LEGUINA.

(Concluirá.)

F. PRADILLA.



CRONOPIA - E. MONTABELLA

ZARAGOZA

DE LA COLECCION DEL S.<sup>R</sup> GARCIA VELA.

# F. PRADILLA

He aquí uno de los apellidos más ilustres de la España contemporánea.

Cuando se pronuncia ó se escribe va seguido del elogio, siempre justo y merecido siempre, porque es tributo obligado al mérito eminente de la persona que lo ilustró con sus obras.

Todos los hombres notables suelen ser discutidos. El prestigio mantiene siempre despierta la censura, que es á menudo crisol donde aquel demuestra su pureza.

Se discute á los literatos, á los hombres de ciencia, ¡no digamos nada á los políticos!

Sin embargo, para los pintores acostumbran á ser más benévolas estas manifestaciones del juicio ajeno. Riñen en semejantes asuntos con menos pasión las plumas, y diríase que la naturaleza del arte templó los arrebatos de la ira.

Pero aunque la crítica y la censura fueran encarnizadas y feroces, como lo son casi siempre en política, y no pocas veces en literatura, estamos seguros que se mantendrían dulzonas y mansas ante Pradilla; no por caso milagroso de excepcional respeto á un hombre ilustre, sino por vasallaje de una evidente impotencia para hacer mella en él.

Porque Pradilla, gran pintor, gran erudito y gran caballero, es Pradilla modesto, afable y magnánimo, que inspira respeto y admiración, lo mismo por su talento como por sus prendas de carácter, verdaderamente ejemplares.

Una biografía de D. Francisco Pradilla, es innecesaria por la notoriedad gloriosa del personaje; un elogio de sus obras resultaría ocioso, porque citando tan solo el nombre del autor, resulta hecha la alabanza.

Algo diremos, no obstante, por continuar la práctica que hemos establecido (con felicitaciones que agradecemos en mucho) de acompañar á los retratos de artistas que publicamos, ligeros apuntes biográficos, sin otra pretensión ni alcance que la de ofrecer al público lo que pudiéramos llamar hoja de servicios de los pintores españoles.

Aragón tuvo la suerte de ser la cuna de D. Francisco Pradilla. Nació éste en Villanueva de Gállego, y realizó sus primeros estudios pictóricos en la Escuela de Madrid. Pasó luego á Roma donde completó su educación artística, y fué en aquella ciudad verdadera tierra de promisión para la juventud ansiosa de inmortales enseñanzas, donde el genio del gran pintor dió uno de sus más vivos y perdurables destellos.

El cuadro de *Doña Juana la Loca*, pintado en la ciudad del Tíber y presentado por su autor en la exposición nacional celebrada en Madrid durante el año 1878, fué la obra maestra de la pintura española en aquel certamen. El jurado, con aplauso unánime de la opinión, le otorgó la medalla de honor, y posteriormente el fallo de idénticos tribunales artísticos en las exposiciones de

París y Viena, vino á confirmar lo acertado del primer veredicto.

La fotografía y el grabado popularizaron después aquella obra de la cual se dijo entonces que simbolizaba la «aurora de un gran artista». Hoy no hay quien deje de admirarlas. Todos los personajes del cuadro los conocemos y recordamos como si fueran seres vivos y personas reales.

¡Privilegios del arte! Ya pueden los historiadores hacer las semblanzas más concienzudas que tengan á bien de la regia demente; ya pueden presentárnosla tan raquítica y desmedrada de cuerpo como de juicio, ya puede este cronista poner en duda su pulcritud y el otro las causas del sublime extravío de su juicio. Los españoles sólo conciben la interesante figura de la reina loca tal y como Pradilla la colocó en su cuadro, gentil y pálida, enlutada y triste, al resplandor de los cirios del túmulo de su esposo, en aquella etapa de su fúnebre peregrinación entre la Cartuja de Miraflores y la ciudad de Granada. Aquella, y no otra, es y será para nosotros

La reina que enloquecía  
por Don Felipe el Hermoso.

Inmediato en la ejecución y rival del anterior en gallardías y primores, fué la *Rendición de Granada*, que el insigne pintor aragonés hizo por encargo del Senado. Por cierto que el autor bautizó su cuadro llamándole *La entrega de Granada*; pero el público la bautizó también á su manera, y ya no se conoce de otro modo el cuadro famosísimo, sino por la *Rendición*. No obtuvo con aquella obra magnífica de composición y de pintura, su autor, beneficio alguno; pues los gastos que en viajes y estudios hizo, cabrieron con exceso el presupuesto del cuadro. Sólo gloria fué la recompensa justa. Pero Pradilla, al decir de los que íntimamente le tratan, hubiera renunciado sin vacilar un tesoro antes de cometer la más pequeña impropiedad histórica.

Desde entonces, la fama de nuestro pintor llegó al cénit, y hoy es una de las más prestigiosas en el mundo del arte.

Jamás ha sentido vanidades, que hubieran sido legítimas en artistas de su genio. Antes al contrario, es modesto con todos; caritativo con los pobres, afable con sus discípulos, y no regatea consejos y advertencias, siempre leales y acertadas, al que los solicita de él.

Nosotros, como homenaje de admiración hacia tan ilustre maestro, reproducimos en lugar preferente del número una de sus acuarelas, delicioso capricho hasta ahora inédito, y que es una de las joyas que enriquecen la colección del inteligente aficionado Sr. García Vela.



VISTAS FOTOGRÁFICAS DE BERMEO.

# MODAS QUE FUERON



Hubo un tiempo, casi el del rey que rabió por gachas, en que las petimetras de la época lucían su garbo en París, engalanadas al modo que se acicalan hoy las celandesas más presumidas.

¿Con qué es verdad, hermosas y forzudas galas, que saliais á la calle, en pleno día, con los brazos y el busto desnudos y pintarrajados?... Hemos averiguado también que os teñiais el cabello, presunción que disculparán muchas de nuestras lectoras...

Otra noticia: las joyas de aquellos días, broches, collares y brazaletes de oro, plata y bronce, son testimonio elocuentísimo de que las semi-salvajes aquellas no eran tan sencillas como pudiéramos creer, sino que sabían perfectamente en qué consistía el lujo. ¡Picaronas!

Por cierto que guardan mucha semejanza con esas preseas las que usan hoy en día las bretonas.

Señoras galas: ¡cuán poco tardasteis en imitar el refinado gusto de las romanas!

Y sepan nuestras lectoras que el corsé data de aquella época, ni más ni menos.

Las mujeres *ultra*—presumidas llevaban una especie de cotilla, hecha de tela que se amoldara al cuerpo; así es que lejos de ser instrumento de tortura, era cómodo y aún artístico adorno que contribuía en gran manera á la perfección de las formas.

El prurito de pintarse el rostro es de lo más primitivo que hay: aquellas señoras, como .. otras muchas desde que el mundo es mundo, preferían pintarse á lavarse; y ya se conocían entonces infinidad de menjerges para conservar y suavizar el cutis.

No es esto solo: también el pelo postizo hacia furor; pero había de ser rubio, de un *rubio rabioso*; mata de cabello que vendían las aldeanas alemanas á las *Gretchens* del tiempo de Hermann.

Salvo un retroceso á las modas salvajes, que quizás aquellas mujeres llamaran *modas sencillas*, modas que siguieron á la invasión de los francos, cuyas compañeras vestían por todo lujo una camisa á rayas encarnadas, podemos decir á ustedes que, si no hemos entendido mal, las modas romanas, en unión de las galas, francas y merovingias de que algunas rígidas estatuas pueden darnos idea (¡y miedo también!), fueron transformándose poco á poco.

En medio de su fastuosa corte, de aquellas duquesas y condesas que demostraban escesaiva afición por adornarse de suntuosas y ricas joyas, el gran emperador á *la barbe fleurie*, Carlo Magno, vestía con suma sencillez; y es más; como le disgustara sobremana el lujo de que hacían alarde las mujeres de su familia, no se anduvo en chiquitas y dictó las primeras leyes suntuarias que, con perdón sea dicho, obedecieron únicamente las sencillas burguesas no necesitadas de esa ley para vestir con modestia, puesto que su bolsillo no les permitía otra cosa.

Figuras heráldicas esculpidas en antiguos pórticos; reyes y reinas en pie y... en correcta formación; príncipes y princesas, de piedra también, sedentes unos, yacentes otros ¿no es verdad que las modas que ustedes han *vivido* eran más costosas que estas del día?... ¡No contestan!

Así es que podemos saber tan poco respecto de ciertos detalles relativos á aquellos usos, que solo algunos poemas y novelas caballerescas dan alguna luz, según afirman los que no quieren quedarse á oscuras.

¡Vaya si influyó Roma en los modos de vestir lo mismo hombre que mujeres! Fué la ciudad que *puso la moda*, sobre todo durante la época de las primeras Cruzadas.

Aparecieron entonces las faldas largas y muy plegadas, con el aditamento del «cinturon doble»; una tira de éste ceñía el talle y otra las caderas; el transparente velo completaba el atavío.

Fué aquel un periodo de transición en que la pobrética moda andaba á tientas, sin rumbo fijo, no atreviéndose á avanzar, retrocediendo más bien, para concluir por volver, salvo ligeras modificaciones, á hechuras olvidadas.

Pero no bien comienza el siglo XIII, las modas que aparecen son

puramente francesas. ¡Y qué hermosos modelos tenemos de ellas en estatuas, vidrieras y tapices de la Edad Media, verdaderos retratos de nobles castellanas, particularmente.

Las vidrieras se me antojan más interesantes todavía; en sus bien combinadas figuras se encuentran fielmente reproducidas todas las clases de la sociedad, «desde la princesa altiva á la que pesca, en ruin barca.»

Mucho enseñan también los tapices (¡hermosos *figurines*!); no aquellos en que el artista apela á lo fantástico, claro está, sino los que ostentan caballeros, señoras y hasta niños, cuyos trajes dan nuevos datos para sacar en limpio algo, y aun más que algo, de tan interesantes usos.

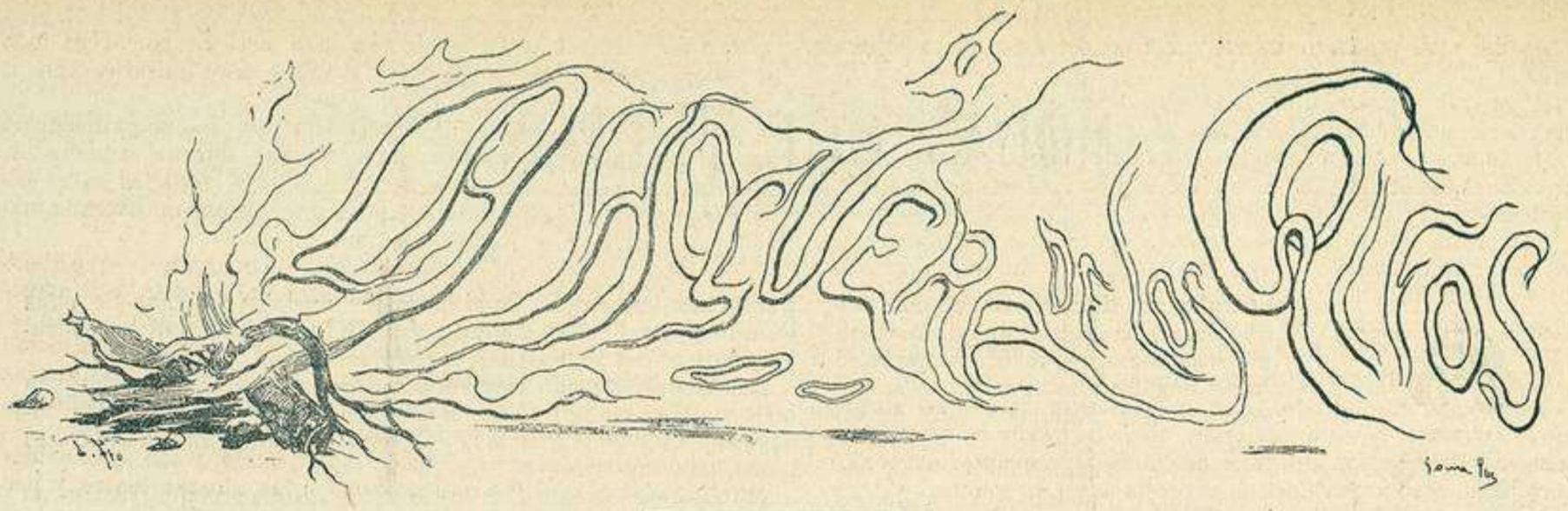
El brial «vestido de seda ó tela rica que se ataba á la cintura y bajaba en redondo hasta las piés», empezó á usarse en el siglo XI. Pero... ¡oh pícaro lujo! esta túnica, que al principio se confeccionó de sencilla tela estampada, convirtiéndose al poco tiempo en adorno verdaderamente lujoso.

¡Larga tarea sería la de explicar todas las modificaciones que *sufrió* el brial. Por cierto que la primera saya, por lo muy ajustada sin duda, recibió en aquel tiempo el dictado de «atrevida». Lo cual no impidió que todas las señoras *se atrevieran* á usarla, y que el *surcot*, más atrevido aún, pues dibujaba con excesiva exactitud las líneas del cuerpo, reemplazara al brial.

Y aquí dan fin, por hoy, las presentes líneas; pero no sin obsequiarle, paciente lectora, con este retrato de aristocrática dama, ataviada, según la «última moda» á fines del siglo XIV.

S.





No se habló de otra cosa aquella noche en la función del Real, mientras el tenor y la tiple se juraban amor eterno y el bajo hacía propósitos de venganza con un derroche espantoso de notas graves.

Primero, en todos los palcos y plateas se hablaba del frío, de un frío terrible que había *aparecido* de pronto, no dando á los madrileños ni siquiera tiempo de constiparse, por sus pasos contados, sino de sopetón y con estornudo rápido como según las acotaciones de ciertas comedias debe de caer la cortina para no destruir el efecto final de un acto. Y después de consagrar al súbito é inesperado frío vivas exclamaciones, se contaba *sotto voce*, el desconsolador drama ocurrido en cierto magnífico hotel, nido, á lo que se creía dichoso, de dos recién casados de ilustre nombre y pingüe fortuna.

El drama aludido no era, después de todo, sino un episodio más de esa eterna tragicomedia de las infidelidades conyugales, pero si el argumento no sorprendía por su novedad, al Madrid aristocrático y brillante, sorprendíanle sí, los personajes que el drama habían representado y hasta el lugar de la escena, aquel maravilloso hotel de la Castellana, tan coquetón y rico, donde la felici-

dad á juicio de todos debería de haber posado á gusto su planta inquieta.

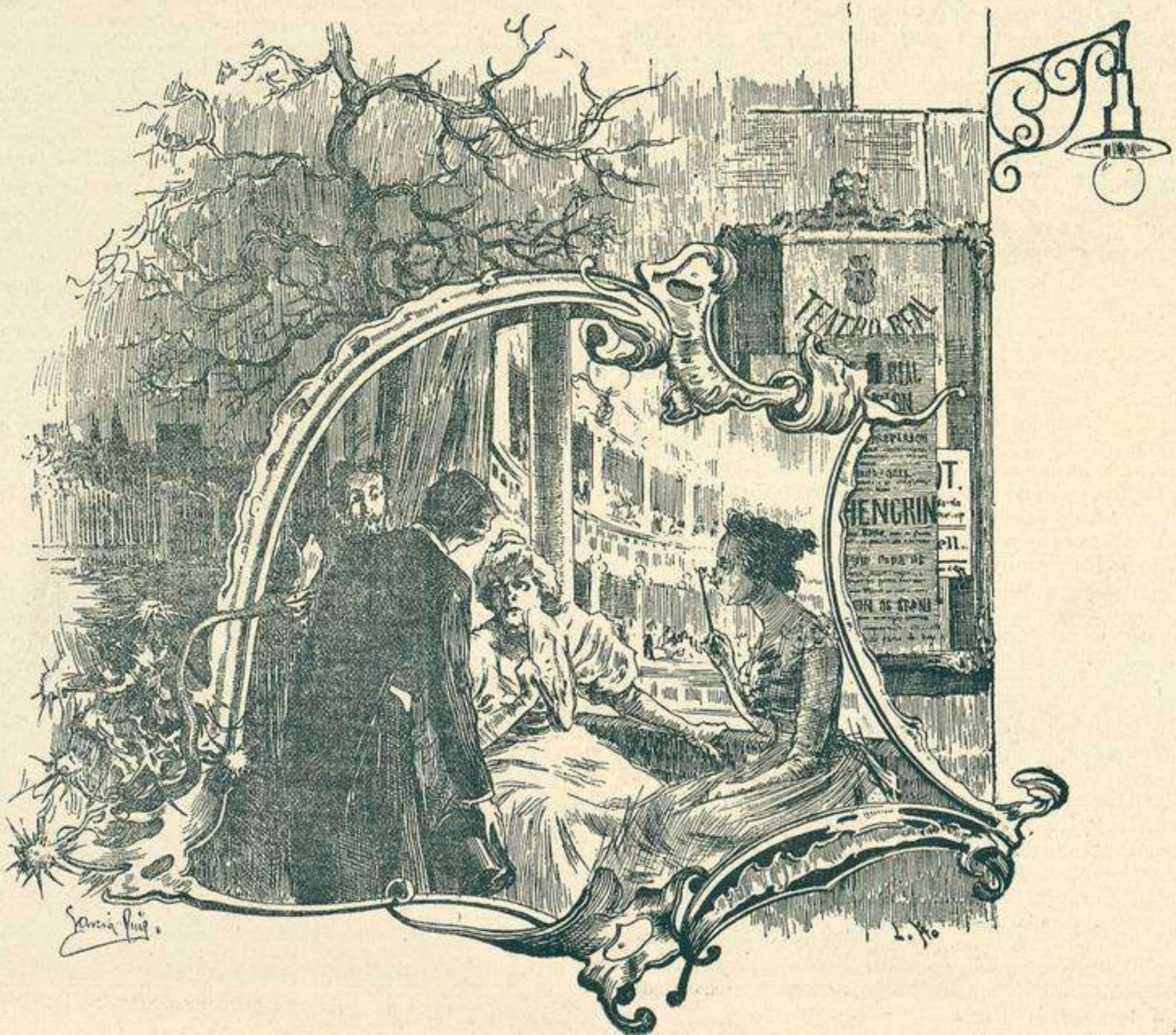
—Otro hogar que se deshace—exclamó con pena el marqués de X.—¡Qué frío hará desde hoy en aquellos salones! Todas las estufas y todas las chimeneas del mundo no lograrían caldear la atmósfera de ese palacio, donde sin confianza y sin cariño vivirán en adelante dos criaturas unidas por la tiranía del nombre.

—¿Cree usted, marqués, que hará más frío allí que en el foyer?—preguntó una candorosa jovencita bajando los ojos.

—Mucho más frío, hija mia,—respondió el marqués gravemente,—mucho más frío.

\*  
\*  
\*

Posible es que el aristócrata tuviese razón, pero ¡cuidado si hacía frío aquella noche! Dos horas después de terminada la función del teatro Real y en mi larga jornada por las calles más céntricas de Madrid, solo había encontrado dos ó tres transeuntes muy embozados en sus capas y á algunos guardias de orden público refugiados en los huecos de las puertas para defenderse, en lo po-



sible, del sutil y helado vientecillo, dueño y señor de la coronada villa.

Al cruzar el paseo de Recoletos en dirección al barrio de Salamanca, ví entre los jardines una gran hoguera y me acerqué curioso de averiguar quiénes eran los que disfrutaban de su lumbré. El espectáculo que se ofreció á mis ojos no podía ser más pintoresco.

Con trozos de madera escamoteados en alguna obra, con carteles de anuncios arrancados de las esquinas, con heterogéneos y diversos combustibles, en fin, diez ó doce chicuelos sin familia ni hogar, habían improvisado una magnífica hoguera, y aquella ronda de infelices golfos, se defendían contra las crudezas de la noche al calor de sus brillantes llamaradas.

Temerosos de que el fuego se apagase y la helada les sorprendiese dormidos, entreteníase para alejar el sueño en sostener una sabrosa plática, llena sin duda de frases y conceptos un poco naturalistas, pero seguramente expresivos y pintorescos.

Mi presencia cortó la palabra de un chiquillo de unos diez años, que por los desgarrones de su camisa y los rotos de su pantalón aproximaba tranquilamente las morenas carnes al calor de la llama de la hoguera.

Decidido á formar parte de la andrajosa tertulia, distribuí unos cuantos cigarros á mis harapientos compañeros, y cuando con la primera chupada rebotó la alegría en las caras de los pilluelos, ya todos fuimos unos y fraternizamos en la hampa.

—Pues cuando usted llegó—me dijo el chiquillo á quien antes me referí—este nos había preguntado que qué es lo que más quisiéramos tener cada uno. El Terne, que es aquel chavalillo que está allí, había dicho: yo un caballo para ir todas las tardes á los merenderos de la China; y el Moreno, que es ese otro, decía que una escopeta para matar pájaros en el Canal; y yo decía que era mejor una baraja con la cual se ganase siempre al *cané*; y cada uno decía su creencia como Dios le daba á entender.



—Pero es porque no sabeis nada de las cosas del mundo — le respondió otro golfo, ya más talludito, aunque no menos andrajoso; —porque lo que los hombres como nosotros, vamos al decir, deberían de querer, es muchos puñados de monedas y otros muchos de billetes de Banco, para tener un palacio como el que yo ví cuando estuve ayudando al mozo de cuadra de aquella casa de más arriba, que tiene jardines por delante y á los lados—y al decir esto señalaba al hotel donde, según los narradores del Real, se había verificado el terrible drama doméstico.—¡Cómo os re-

gostaríais vosotros si tuviérais una casa así! El portal es todo dorado y tiene unos espejos muy grandes para mirarse uno al entrar.

Mis contertulios llenos de admiración por las magnificencias que presentaban contemplaban con los ojos muy abiertos al narrador, y la brillante llama de la hoguera iluminaba aquellas caras ansiosas, en las cuales las gracias infantiles formaban extraño maridaje con los estragos de la miseria.

—Se sube por una escalera—prosiguió el orador,—que tiene una alfombra donde se hunden mismamente los piés, y al empezar y al concluir de subir, encontráis dos figuras doradas que le vantán con las manos muchísimas luces. Entráis en una habitación y veis unas sillas y unos sillones como los que hay en las iglesias en el altar mayor; yo me senté una vez en uno y es cosa buena. ¡Allí sí que se puede dormir bien!

Luego veis también una cocina muy grande y con unas caideras y unas sartenes que relucen como si las sacaran lustre, y por todas partes anda tirado el pan.

Mis contertulios hicieron un movimiento de asombro.

—¡Y la carne!

El asombro creció.

—Y todos los criados beben el vino que quieren.

Este postrer detalle produjo un efecto inmenso; la emoción había llegado hasta los últimos límites, y el narrador, buscando un testimonio á las grandezas referidas, se volvió á mí y me dijo:

—¿Verdad, usted?

Iba á contestar afirmativamente, cuando noté que dos de los más alejados del grupo, tirando de algo hacia la hoguera con movimientos de mal humor.

—Es el *Chito*—dijo uno de ellos,—que se ha quedado dormido detrás de nosotros, y si no nos enteramos, se hiela.

Aproximado el *Chito* á la hoguera para que su cuerpo rígido recobrara la vida con el calor, prodújome verdadera lástima ver un chiquitín de cinco ó seis años, desheredado ya de todo cariño maternal y más miserable aun que los gorriones, los cuales siquiera tienen para las noches de helada un nido ó el alero de un tejado en que guarecerse y dormir.

Rápidamente al calor de la llama se desentumecieron sus miembros y recobró su amoratado rostro el color natural.

Abriendo entonces perezosamente los ojillos el muchachuelo, dijo débilmente: «tengo hambre» y un golfo caricativo le alargó un manoseado zoquete de pan. Devorólo en un santiamén el rapaz, y después de acomodarse junto á la llama, sacó una colilla del pecho, encendiola y dijo alegremente: ¡Qué bien se está aquí!

Y al abandonar yo pocos momentos después, la harapienta tertulia, iba preguntándome:

¿Tendrá razón el *Chito*? ¿Se vivirá mejor como viven los miserables que como viven los poderosos? ¿Qué valdrá más, la hoguera de los golfos ó ese palacio de más arriba, con jardines por delante y á los lados?

Rápidamente volvieron á mi memoria las narraciones del Real y la exclamación del marqués, ¡qué frío hará desde hoy en aquellos salones! Y sintiendo súbito y glacial estremecimiento, estuve á punto de volverme á la hoguera de los golfos.

JOSÉ DE [.]



# GALERIA ARTISTICA

## VILLEGAS BRIEVA

Es el autor del cuadro que en primera plana reproducimos.

*La asturiana* es una simpática nota de color y un recuerdo de los más agradables que el artista pudo traer de sus excursiones por aquel hermoso principado.

La mujer siempre aparece en el arte con aureola de poesía. Pero en la mujer del campo la nota poética se acentúa en el tono más alto, y sobre todo cuando esa mujer es feliz habitadora de campiñas tan fértiles, pintorescas y melancólicas como las de aquella región privilegiada.

El autor presenta á la heroína de su cuadro bajo las ramas del pomar frondoso y cargado de sabrosos frutos. Cubierta la cabeza con el pañuelo anudado, según el tocado clásico del país, la moza que han visto ustedes, descansa, apoyándose con ambas manos en la aguijada; y parece estar cavilosa y algo triste, á juzgar por la vaguedad de su mirada taciturna.



La melancolía tiene su patria en el Norte, y no es extraño que se refleje en el rostro de la campesina asturiana. Pero además, en aquella tierra la emigración, cada vez más en auge, y la miseria, recrudescida con las calamidades presentes, hacen cada día más aflictiva la vida de las muchedumbres rurales. La emigración, la guerra y la miseria, son hoy la pesadilla de todos los espíritus; y acaso sea la asturiana del cuadro de Villegas, á juzgar por la actitud de melancólico éxtasis en que aquel la coloca, una interesante víctima de estas desgracias nacionales.

¿En qué piensa esa aldeana? Fácil es suponerlo, si no adivinarlo: en el marido ausente, ó en el hijo soldado, ó en el hogar empobrecido, ó en todo esto junto, pues las desgracias nunca vienen solas, y parecen las unas reclamo de las otras.

Hablemos ahora del autor: D. Manuel Villegas Brieva es un pintor joven. Tiene, pues, una historia breve; pero honrosa por los éxitos que registra.

Nació en Lérida, y empezó sus estudios en la Academia de Bellas Artes de Córdoba. Tuvo, sin embargo, que venir á Madrid, y aquí completó la primera parte de su educación artística en la Escuela especial de Pintura.

La Diputación de su tierra natal, haciendo justicia á los méritos del novel pintor, le pensionó tres años en Madrid y otros tres en Roma, adonde fué siguiendo esos irresistibles estímulos que la

gente de paleta siente por visitar la Ciudad Eterna en el primer vuelo de su vida artística.

El movimiento se demuestra andando, y Manuel Villegas demostró pronto lo que valía pintando. Trabajó con entusiasmo, y el éxito coronó sus esfuerzos: obtuvo una segunda medalla en la exposición nacional de 1892, y fué condecorado en la nacional de 1895.

Sus cuadros más notables son los titulados *La guerra, Sin patria, Las doce en los altos hornos, Recuerdos* y el *Ultimo sueño de una virgen*.

Todos ellos han obtenido favorable acogida del público y de la crítica, y para acreditarse de artista de talento no necesita Villegas Brieva mayores ni más honrosas ejecutorias.

P. R.



A. SALCES.—Un estudio.

## CANTARES

Por debajo del querer  
está el cauce del olvido:  
estábamos en el puente  
y nos caímos al río.

En la plaza del silencio  
está el reloj de la muerte;  
es un reloj sin saetas  
por si lo miran las gentes.

Estoy pensando hace tiempo  
qué te convendría más,  
si quitarte la careta  
ó no quitártela ya.

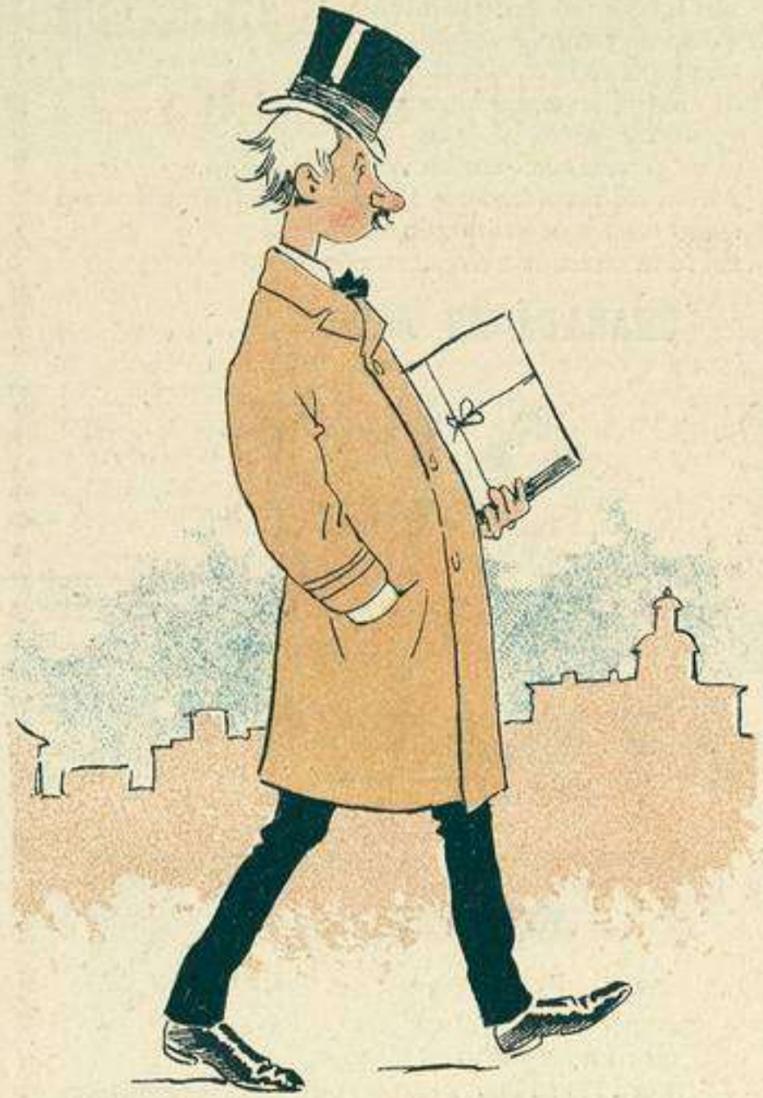
Quise pintar el desierto  
y pinté tu corazón  
en dos pedazos abierto.

La mujer para el espejo  
es como el hombre al orgullo,  
siempre siguen su consejo.

FRANCISCO GARCÍA BELENGUER.



UN ENCARGO POR TELÉGRAFO.



1º. Ea! ahora vamos á poner el telegrama porque no es cosa de que mi pobrecita mujer siga sin dinero.



2º. "Mi mujer faltando haberes fuese Capital-Perez-Corre fondos Hoy llega á esa procura ver la estacion-Dala funda grande cofre-Tu paga duro arriendo."

Juan.



3º. Mi mujer faltando deberes fuese Capitan Perez-Corre fondas - Hoy llega á esa procura ver la estacion-Dala tunda grande. Cafre. Tu pega duro-arreando

2009 Ministerio de Cultura Juan.



4º. ....y el otro cumplió el encargo al pie de la letra!!!

Merachis